Convertirse en un verdadero hombre de Dios

Padre Roger J. Landry

SERIE CONSTRUYENDO LA IGLESIA DOMÉSTICA

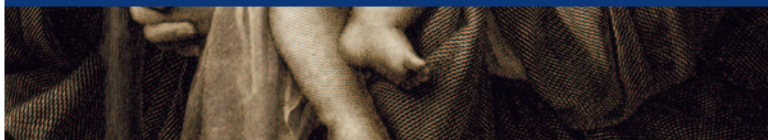






Construyendo Iglesia Doméstica

Mientras Fortalecemos Nuestras Parroquias



"La familia como iglesia doméstica es primordial para la obra de la nueva evangelización y para la futura sostenibilidad de nuestras parroquias."

– Pasado Caballero Supremo Carl Anderson

Caballeros de Colón presenta
Serie Construyendo la Iglesia Doméstica

Convertirse en un verdadero hombre de Dios

Padre Roger J. Landry

Editor General
Padre Juan-Diego Brunetta, O.P.
Servicio de Información Católica
Consejo Supremo de los Caballeros de Colón

Censor Deputatis: (provisto para el texto en inglés)
Reverendo David A. Pignato, S.T.L.

Imprimatur: (provisto para el texto en inglés)
George W. Coleman, S.T.L.
Obispo de Fall River
23 de octubre de 2007

El *Nihil Obstat* y el *Imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de error doctrinal o moral. Estas autorizaciones no implican de forma alguna que quienes han otorgado el *Nihil Obstat* y el *Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones expresadas.

Derechos de Autor © 2007-2023 del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón. Todos los derechos reservados.

Portada: Raphael, *San Jorge y el Dragón*, c. 1506, Galería Nacional de Arte, Washington, D. C.

Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida o transmitida en alguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por banco de información y sistema de restauración, sin permiso escrito de la casa publicadora. Escriba a:

Catholic Information Service
Knights of Columbus Supreme Council
PO Box 1971
New Haven, CT 06521-1971

www.kofc.org/sic
cis@kofc.org
203-752-4267
800-735-4605 fax

Impreso en los Estados Unidos de América

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN 1
MOSTRARSE COMO UN HOMBRE DE DIOS FUERTE Y FIEL. 1
DE VUELTA AL INICIO 2
EL AMOR VERDADERO 4
EL HOMBRE Y LA MUJER AMAN DE MANERA DIFERENTE. 6
SAN JOSÉ COMO EL ICONO DEL AMOR MASCULINO AUTÉNTICO 7
LAS VIRTUDES DEL SOLDADO DE CRISTO 10
LA FORMACIÓN DE HOMBRES VIRILES Y VIRTUOSOS 14
LA PERVERSIÓN DE LA VIRILIDAD 14
EL PRIMER RETO: NUESTRA CULTURA YA NO CULTIVA LA RESPONSABILIDAD EN LOS HOMBRES JÓVENES 15
SEGUNDO RETO: LA CULTURA DE LA IRRESPONSABILIDAD EN LA SEXUALIDAD 17
TERCER RETO: EL CRECIENTE AFEMINAMIENTO DE NUESTRA CULTURA 18
EL CUARTO RETO: LA PRESIÓN PARA NORMALIZAR LA CONDUCTA HOMOSEXUAL 20
LAS BUENAS NOTICIAS PARA LA RECUPERACIÓN DE LA VIRILIDAD AUTÉNTICA EN NUESTRAS SOCIEDADES MODERNAS. . . . 21
LA ESPIRAL SACRAMENTAL 22
SOBRE EL AUTOR 23

Convertirse en un verdadero hombre de Dios

INTRODUCCIÓN

Estando ya próximo a su muerte, David hizo estas recomendaciones a su hijo Salomón: "Yo me voy por el camino de todo el mundo. Sé fuerte y compórtate como un hombre. Observa las prescripciones del Señor, tu Dios, siguiendo sus caminos, observando sus preceptos, sus mandamientos, sus leyes y sus instrucciones" (1 Reyes 2:1-3)

MOSTRARSE COMO UN HOMBRE DE DIOS FUERTE Y FIEL

Durante las últimas décadas, por diversas razones, los hombres han sufrido una crisis de identidad. Mientras que en otros tiempos un hijo habría comprendido claramente esta indicación de su padre "Pórtate como hombre", hoy en día estas breves palabras no serían tan fáciles de entender. Los mensajes que transmite nuestra cultura sobre lo que significa ser "un hombre de verdad" son inconsistentes y confusos. En el cine y en la televisión, la imagen del hombre va desde el superhéroe despiadado y violento, o el macho conquistador con facilidad de palabra, hasta el tímido que teme a las mujeres y preferiría ser una de las chicas a ser uno de los chicos. Los deportistas profesionales más famosos a menudo tampoco proporcionan a los hombres y los niños un verdadero modelo. Son escasas las imágenes positivas del hombre común y trabajador, fiel a Dios, a la Iglesia, a su esposa, su familia y sus amigos.

Dentro de la Iglesia tampoco es tan fácil como antes que hombres y niños encuentren ejemplos vivientes de lo que significa ser un "hombre de Dios". Disminuyen las vocaciones al sacerdocio, y por lo tanto, los sacerdotes con quien pueden identificarse. Exceptuando los Caballeros de Colón, los grupos de hombres como la Sociedad del Santo Nombre, que antes existían en cada parroquia, prácticamente han desaparecido. Muchas de las actividades caritativas y litúrgicas

están ahora tan dominadas por las mujeres – incluso las de la Sociedad de San Vicente de Paúl y el servicio de los altares, que eran monopolio de los hombres – que muchos hombres han empezado a sentirse fuera de lugar, como si la religión y el servicio a Dios fueran actividades primordialmente femeninas. A medida que crece el número de mujeres en relación con el de hombres en la misa, aumenta el malestar de los hombres.

En este contexto, urge retomar la cuestión de lo que significa ser hombre desde la perspectiva de Dios y analizar su vocación en la Iglesia y el mundo. ¿La misión que ha dado Dios al hombre es diferente de la de la mujer, y, si es así, en qué aspectos? ¿Existen modelos a quienes recurrir para aprender a convertirse en el hombre que el Padre Celestial quiere que sea? ¿Cómo pueden los hombres armarse y defenderse en contra de los fenómenos culturales que debilitan su identidad y los apartan de las tareas que Dios les asignó?

DE VUELTA AL INICIO

Para analizar la cuestión de lo que significa ser hombre, debemos volver a los orígenes de la persona humana. El inicio del Libro de Génesis nos enseña que "Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, varón y mujer los creó." (Génesis 1:27).

Encontramos aquí dos verdades a la vez medulares y relacionadas. En primer lugar, la persona humana fue creada a imagen de Dios; para vernos como somos realmente, por lo tanto, primero debemos mirar a Dios, de quien somos reflejo. San Juan, que por inspiración de Dios escribió esta bellísima primera carta, nos dice que "Dios es amor" (1 Juan 4:16), lo cual nos dice mucho sobre Dios. De hecho, numerosos maestros de la fe católica han visto en estas tres palabras una alusión a las tres personas de la Santísima Trinidad.

Como lo sabemos por la experiencia humana del amor, siempre hay uno que ama, uno que es amado, y un vínculo de amor que los une. Para ser amor, Dios no podía ser unitario o "solitario" antes de la creación del mundo. Debía ser esa triple realidad del amor que existe como una unidad – un eterno amante, un amado, y el amor entre ellos

– al mismo tiempo. A lo largo de los siglos, en sus enseñanzas, algunos de los grandes santos han tratado de “nombrar” a las personas de la Trinidad con base en esta realidad del amor, diciendo que Dios Padre es más el eterno amante, Dios Hijo el eterno amado, y Dios Espíritu Santo el amor entre ellos, tan fuerte que asume su propia personalidad. La Santísima Trinidad es una eterna comunión de amor, o, mejor aun, una amorosa comunión de personas.

Puesto que Dios fue creado a imagen de Dios, supondríamos que el hombre debe existir en una amorosa comunión de personas. Ésta es la segunda verdad que vemos en el pasaje del Libro de Génesis: Dios creó al hombre no sólo como un “él”, sino como un “ellos”, y no únicamente como un “ellos” compuesto de dos o más “él”, sino de manera muy específica, “varón y mujer los creó”. Dios creó a la persona humana varón y mujer para que vivieran en una amorosa comunión de personas tan fuerte que su propio amor pudiera asumir una personalidad. Esto es precisamente lo que sucede en esa amorosa comunión de personas que llamamos matrimonio, en la cual, por designio de Dios, el hombre y la mujer pueden “hacer el amor” al convertirse literalmente en “una sola carne” en su descendiente, un hijo. El hijo es fruto de su amor, y por su participación en esa comunión, una forma de que este amor siga creciendo y floreciendo.

Así que no es ninguna “casualidad” biológica que haya hombres y mujeres. Esta “diferenciación original” forma parte del plan de Dios desde su inicio. Dios hizo al hombre y a la mujeres iguales en dignidad y parecidos en muchos aspectos, pero también diferentes y complementarios en muchos otros: en cuanto a sus órganos sexuales, su mente y personalidad, e incluso sus células, cromosomas, hormonas, y muchas otras cosas. Estas diferencias en particular se expresan misteriosamente en la imagen de Dios. En cierta forma, estas diferencias complementarias son como “llamados a la comunión”, para despertar el reconocimiento de ambos de que se necesitan mutuamente para convertirse en todo lo que significa ser humano. Estas diferencias les dan un impulso interior para entregarse con amor, remediar lo que al otro le falta, y recibir agradecido del otro lo que no es capaz de ser o hacer por sí mismo.

En otras palabras, las diferencias originales y complementarias del hombre y la mujer existieron para ayudar a ambos a aprender a amar. Vemos esta verdad en forma bellamente literaria en el Libro del Génesis. Cuando hubo realizado las primeras cinco fases de la creación declaró que eran “buenas”, y cuando creó al hombre, declaró entonces que “estaba muy bien”. Adán había nombrado a toda la creación y vivía en armonía con ella. Esto era antes del pecado original y vivía en buenos términos con Dios. Pero entonces Dios dijo que algo no estaba del todo bien: “No es bueno que el hombre esté solo.” Así que Dios creó a Eva a partir de Adán. Eva debía ser “una ayuda adecuada” para Adán, que lo ayudara a ser plenamente humano. La soledad original de Adán lo ayudó a darse cuenta de que era diferente del resto de la creación y también de Dios, y que necesitaba a alguien más que lo ayudara a experimentar la plenitud y el gozo de la vida humana. Cuando Eva fue creada y Adán la vio, esto fue lo que sucedió: Adán gritó de alegría (Génesis 2:18-23).

Esta aceptación de la necesidad del otro fue lo que los llevó a buscar una amorosa unidad, que los ayudaría a ser como Dios los había creado y a abrirse a vivir en una comunión de amor con Él. La vocación de Eva era ayudar a Adán a sobreponerse a su soledad original y enseñarlo a amar. Lo ayudaría a aprender a amar a otro; y, por medio de la analogía del amor humano, lo ayudaría a amarse a sí mismo y a recibir y corresponder al amor de Dios. La vocación de Adán era ayudar a Eva a hacer lo mismo. La mujer tiene un papel crucial en la vocación del hombre y viceversa.

EL AMOR VERDADERO

La diferencia original entre el hombre y la mujer, desde el primer hombre y la primera mujer hasta todos los que existen actualmente, es para ayudarnos a aprender a amar. Pero esto obviamente nos obliga a preguntarnos qué es el amor verdadero.

El amor no es únicamente un cálido sentimiento de atracción o admiración por otra persona. Jesucristo nos dijo en la Última Cena lo que es el amor verdadero, y luego lo transmitió en lenguaje corporal

la tarde siguiente en la cruz. "No hay amor más grande que dar la vida por los amigos" (Juan 15:13) El amor no es simplemente "desear" lo mejor para el otro, sino la voluntad de elegir entregarse – incluso al punto de sacrificar sus propios intereses, sus deseos y su vida – a alguien más. Éste es el tipo de amor que lleva a la plenitud real y a la felicidad, porque es el tipo de amor que nos ayudará a convertirnos en la verdadera imagen de Dios.

Cada uno de nosotros es llamado a entregarse sin egoísmo a otros, al igual que lo hizo Jesús. Dos veces nos llamó Jesús a este amor durante la Última Cena, cuando dijo "Ámense los unos a los otros, como yo los he amado." (Juan 13:34; 15:12). Los primeros apóstoles aprendieron a vivir por estas palabras y llamaron a sus hermanos cristianos a mostrar la misma generosidad. San Juan dijo claramente que el amor no se expresa en palabras, sino en hechos: "En esto hemos conocido el amor: en que él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos... Hijitos míos, no amemos con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad." (1 Juan 3:16, 18).

Esta entrega de la vida propia no significa sólo la voluntad de realizar el "sacrificio supremo" por otro, sino la voluntad de morir para sí mismo para que el otro pueda vivir plenamente. Durante la preparación al matrimonio, a menudo pregunto al novio si ama a su novia lo suficiente como para recibir un balazo por ella. Ninguno me dicho que no. Luego le pregunto si su respuesta sería la misma si en lugar de "balazo" fuera una de las expresiones siguientes: la abstinencia antes del matrimonio, dejar de fumar si ella se lo pide, llegar a tiempo si suele retrasarse, limpiar mejor lo que ensucia, contarle pacientemente lo que sucedió durante su día de trabajo si ella se lo pide, aprender mejor la fe para transmitírsela a ella de manera más completa, o tomarse el tiempo para rezar con ella. ¡Éstas son las granadas que muchos hombres se niegan a detener con su cuerpo! Pero estos dones de sí mismo son mucho más valiosos que cualquier regalo material, y constituyen mayores signos de amor verdadero que lo que pudiera simbolizar cualquier anillo. Cuando una pareja que piensa casarse comienza a amarse con sacrificios como

éstos, su matrimonio puede convertirse en lo que debe ser: un sacramento, un signo visible y un reflejo del amor de Cristo por su Novia, la Iglesia, porque “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla” (Efesios 5:25-26).

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES AMAN DE MANERA DIFERENTE

La vocación última del hombre es la misma que la de la mujer: amar igual que ama Cristo, lo cual significa entregarse sin egoísmo a otros y por otros. Este tipo de vida nos permitirá ser una verdadera imagen de Dios y crecer en la sagrada semejanza de Dios. Lo que hemos visto del Génesis nos muestra también que una parte de este amor es recibir amorosamente el don de sí mismo que hace el otro. Este mutuo don y aceptación de sí mismo es lo que permite la comunión de las personas.

Pero mientras que tanto el hombre como la mujer son llamados a entregarse al otro y a recibir el don del otro, varía la forma en que cada uno lo hace. Muchos de los estudiosos de la teología del cuerpo del Papa Juan Pablo II han llegado a comprender plenamente que la forma en que aman el hombre y la mujer son profundamente complementarias. El Patriarca de Venecia, Cardenal Angelo Scola, lo expresó de la siguiente manera: “Los hombres reciben amor dando amor; las mujeres dan amor recibiendo amor”.

Esto es cierto en varios niveles.

En el nivel fisiológico, es obvio en el diseño del acto humano de hacer el amor. La mujer fue hecha por Dios para recibir amor, y entrega su amor al hombre principalmente al recibir dentro de su propio cuerpo el regalo de su marido. El hombre se siente realmente bienvenido por el amor de su mujer cuando es abrazado al entregarse de esta forma.

Vemos este mismo carácter complementario también en el nivel de la psicología. Una de las formas más rápidas de frustrar un hombre es que la mujer no le permita que se sacrifique por ella. Los hombres, por ejemplo, realmente quieren pagar la cuenta cuando salen, porque

muestran su afecto por la mujer al indicarle que ella vale la pena de esforzarse en el trabajo para ganar el dinero para llevarla a pasear. Una de las formas más rápidas en que un hombre puede frustrar a una mujer, por otro lado, es no permitirle que lo reciba en su vida. Por ejemplo, cuando una esposa pide a su marido que le cuente cómo le fue ese día y él se niega, la hiere profundamente, porque ella quiere recibirlo a él y a sus experiencias en su vida.

No cabe duda sobre el carácter complementario de esta relación cuando vemos la tradición de la propuesta de matrimonio y el anillo de compromiso. El hombre hace la propuesta – se ofrece a sí mismo, su corazón, su vulnerabilidad y su futuro a la mujer – y ella acepta o rechaza esta propuesta. Por lo general, él hace esta propuesta con un anillo, que es un signo muy caro de de su fidelidad y de su amor. Si ella acepta la propuesta, acepta el anillo. Al recibir el anillo proporciona al hombre una de las mayores alegrías de su vida. La mujer, a su vez, no corresponde regalándole un reloj, por ejemplo, porque no tendría sentido. El mismo hecho de haber aceptado la propuesta del hombre, haber recibido el símbolo de su compromiso y amor, y habérselo colocado en el dedo es ya indicación suficiente de que corresponde a su amor.

SAN JOSÉ COMO ICONO DEL AUTÉNTICO AMOR MASCULINO

Estas verdades sobre el amor humano en general, y el amor masculino en particular, son muy hermosas, pero para que la vida de un hombre brille con su belleza, tienen que llevarse a la práctica. ¿Cómo es el amor masculino en la práctica? ¿Cuáles son las virtudes que muestran un amor viril genuino?

El primer ejemplo de cómo es llamado un hombre a amar de manera viril es el de San José. Después de todo, él enseñó a Jesús lo que significaba ser un hombre según su naturaleza humana, así que si Dios Padre consideró que era un buen maestro y modelo para Jesús, entonces también podemos tenerle confianza.

La vida santa, viril y virtuosa de San José puede resumirse con cuatro títulos: paternidad, amor casto, obediencia y acción.

En primer lugar, San José nos muestra los dos elementos característicos de la *paternidad*.

Él era *protector*. Defendió la vida y la reputación de María contra una posible lapidación por haberse embarazado fuera del matrimonio. Aun antes de que el ángel le informara que María había concebido por el poder del Espíritu Santo, José, un hombre justo que estaría lleno de preguntas y sufrimiento, protegió a María. Pero esto no fue más que el principio. Protegió a Jesús y a María de la envidia y los sanguinarios soldados de Herodes, aun a costa de su trabajo en Nazareth, guiándolos durante su azarosa huída a Egipto.

Fue también un *proveedor*, que es el segundo atributo principal de la paternidad. Hasta su muerte, de muchas formas discretas que sólo Dios Padre conoce, trabajó duro para mantener a María y a Jesús, a quien transmitió su oficio. En su ciudad de origen su trabajo tenía muy buena fama, a tal punto que Jesús era conocido por todos como “el hijo del carpintero” (Mateo 13:55). Pero San José proporcionó mucho más que alimento, ropa y abrigo para la Sagrada Familia. Según se lo permitían sus medios, también hizo posible su alimento espiritual, llevándolos al Templo para los ritos y las festividades judías. Lo percibimos en la presentación de Jesús, así como en la ocasión en que Jesús fue hallado en el templo a la edad de 12 años (Lucas 2:27, 46-50).

Como proveedor y protector, demostró cómo debe ser un hombre que antepone las necesidades de los demás a las suyas. Esto nos lleva a la segunda característica.

San José es un modelo de *amor casto*. Su vida nos muestra que la entrega plena de sí al otro no necesariamente implica las relaciones genitales. Amaba a María y esto significaba que estaba decidido a dedicarse a lo que era mejor para ella y para el Divino Hijo que llevaba en las entrañas. Puso todo su amor y toda su vida al servicio de sus vocaciones, y al hacerlo cumplió con su propia vocación. La castidad es una virtud que ayuda a tener autocontrol – controlar sus impulsos sexuales en lugar de dejarse controlar por ellos – de manera de poder dar a los otros lo mejor para ellos. La castidad es lo que permite a un

hombre ser protector de las mujeres en lugar de ser depredador. En su casto amor por María, aprendió a crecer como hombre, y en el casto amor con que ella le correspondía, era bendito más allá de toda medida.

En tercer lugar, San José es un modelo de *obediencia*. Por tres veces obedeció a Dios por medio de un ángel en un sueño (Mateo 1:24, 2:14, 2:21). Por orden de Dios tomó a María como su esposa y no dudó que el niño que ella había concebido era del Espíritu Santo. Por orden de Dios, despertó a media noche y huyó con María y Jesús a Egipto. Por orden de Dios, años después los llevó de vuelta a Nazareth. Obedeció estas órdenes de inmediato, aun cuando significaban creer, más allá de la comprensión humana, en la concepción del Señor por una virgen, aun cuando significaba un largo y arduo viaje por el desierto hasta una tierra lejana, aun cuando pudo haberle costado su medio de vida en Nazareth, y aun cuando pudo haber desechado las órdenes, literalmente, por ser "sueños". Estaba tan dispuesto a escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica, que a la menor indicación del Señor, no discutía ni negociaba, sino que obedecía. San José nunca consideró obedecer a Dios como un acto incompatible con su propio bien, sino como el fundamento de su propio bien. No percibía la omnipotencia de Dios como una amenaza a su virilidad, porque San José no equiparaba la virilidad con el control, sino con el hecho de ser responsable y responder a Dios y a los demás. Su obediencia le permitió compartir de manera misteriosa la paternidad con Dios Padre.

Finalmente, San José es un hombre de *acción*. No dice una sola palabra en las sagradas Escrituras, y sin embargo sus acciones se recuerdan hasta hoy. Sabía que el lenguaje corporal de sus actos era mucho más elocuente que sus palabras. Era un "hacedor de la Palabra y no tan sólo oidor" (Santiago 1:22). Al igual que su hijastro según la ley, confiaba más en "las obras y la verdad" que en "la lengua y la palabra" (1 Juan 3:18).

La vida de San José ilustra el verdadero amor viril. Aunque Dios no va a pedir a ninguno de los hombres que leen este texto que se

case con una virgen encinta del Hijo del Padre Eterno, todo hombre es llamado a ser protector y proveedor, ya sea papá, sacerdote, profesor, entrenador, empleado diligente o patrón benévolo. Todos nosotros somos llamados al autocontrol de la castidad para que nuestros deseos sexuales siempre sirvan al bien de los que amamos. Todos somos llamados a ver en la voluntad de Dios el gran posibilitador de nuestra virilidad. Al obedecer la voluntad de Dios nos parecemos más a Cristo, quien no vino a hacer Su propia voluntad, sino la de Su Padre, que constituye el único medio para alcanzar "la vida en abundancia" (Lucas 22:42; Juan 10:10). Y todos nosotros somos llamados a ser humildes hombres de trabajo, y no sólo de palabra.

LAS VIRTUDES DE UN SOLDADO DE CRISTO

Otra forma de ilustrar las virtudes del verdadero hombre de Dios es refiriéndonos a un buen soldado. La relación entre un hombre de Dios y un soldado parecerá obvia o absurda, según la opinión que se tenga de los militares y las intervenciones militares. Si no ve la relación en este momento, le pido que me tenga un poco de paciencia porque creo que su pertinencia no tardará en salir a la luz.

Un buen soldado, especialmente aquel que es bueno para la lucha posee por lo general las diez características siguientes:

- Está dispuesto a entregar su vida para proteger a otros.
- Lo que le interesa es cumplir con su tarea y deja que sus actos hablen por sí mismos.
- Cumple con su deber, aunque nadie se lo agradezca.
- Es hombre de honor, leal a los demás y a sus principios.
- Sus raíces son la disciplina y la fuerza.
- Puede ser tierno y compasivo, pero nunca blando.
- Se ve como parte de una unidad, un grupo de hermanos, mayor que sí mismo.
- Obedece a su superior, sin considerarlo denigrante.
- Es valiente, aun y especialmente cuando se requiere heroísmo.

- Ve el sacrificio como una oportunidad para mostrar su carácter y probar su amor.

La pertinencia teológica de estas observaciones para nuestro análisis surge de inmediato por el hecho de que se puede decir, sin caer en exageraciones, que estas diez características pertenecen al hombre Dios, Jesucristo.

- Estaba dispuesto a entregar su vida para salvar a otros: Jesús voluntariamente entregó su vida para salvarnos. Él es el Buen Pastor que cumplió su promesa de dar su vida por sus ovejas (Juan 10:11). Aun en el Jardín de Getsemaní, al entregarse, exigió que dejaran libres a sus discípulos (Juan 18:8).
- Lo que le interesaba era cumplir con su tarea y dejaba que sus actos hablasen por sí mismos: desde sus primeros días, cuando anunció que se ocupaba “de los asuntos de su Padre” (Lucas 2:49), su vida entera estaba dedicada a cumplir con su misión. Vivió por los mismo principios que enseñaba, sin dejarse apartar de su propósito (Lucas 10:4), lo que ni el propio diablo logró ofreciéndole todo el poder del mundo (Mateo 4:9). También dejó que sus actos hablaran con más fuerza que sus palabras. Como dijo una vez al ser cuestionado por los fariseos: “Si no creen en mí, crean en las propias obras” (Juan 10:25, 37; 14:10). Apoyaba cada uno de sus discursos con milagros que atestiguaban su poder, y el mayor de estos milagros fue lo que dijo desde los púlpitos de la Cruz y del sepulcro vacío.
- Cumplía con su deber aunque nadie se lo agradeciera: Jesús cumplió con su misión, aun cuando uno de sus apóstoles pensó que valía menos que 30 monedas de plata, cuando el resto de sus hombres especialmente seleccionados escapó, cuando era clavado en la cruz por aquellos por quienes moría, cuando se burlaban de él cuatro grupos diferentes durante su agonía en la Cruz, preguntándose mientras “Pero cuando venga el hijo del hombre ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:8). Fue el “grano de trigo” que cayó al suelo y murió, sabiendo que esa semilla encontraría un suelo duro, pedregoso, entre espinos, además

de la tierra buena, pero lo hizo de cualquier modo (Juan 12:24; Lucas 8:5 ss). Sin embargo, al final de todo, gritó triunfante “Consumado es” (Juan 19:30), equivalente a “misión cumplida”.

- Era hombre de honor, fiel a los otros y a sus principios: Jesús conservó su dignidad, aun cuando era tentado por el diablo, puesto a prueba por los hipócritas fariseos, golpeado por guardias brutales, y blanco de burlas por parte de ladrones y transeúntes. Fue leal a sus discípulos y nunca los abandonó, a pesar de que ellos sí lo abandonaron; fue también leal a los israelitas, a pesar d todas las veces en que rompieron la alianza con Dios; y también a los pecadores, sin importar cuál fuera su pecado. Fue caballeroso en su forma de proteger a las mujeres que lo necesitaban o se encontraban en peligro, como la que fue acusada de adulterio, la mujer del pozo en Samaria, y aquella que le lavó los pies con sus lágrimas en la casa de Simón el Fariseo.

- Sus raíces eran la disciplina y la fuerza: Se llamaba a sí mismo “el hombre más fuerte”, el que derrotaría al diablo y repartiría sus bienes (Lucas 11:22), que calmaría incluso los vientos y el mar (Mateo 8:27), que diría una y otra vez a sus asustados seguidores “Tranquilícense, soy yo; no teman” (Mateo 14:27). Mostró su fuerza sobre todo cuando no la utilizó por su disciplina, cuando fue tentado en el desierto o en la Cruz. Nunca usó su poder en beneficio propio, sino para los demás, para enseñarles la disciplina que forma discípulos.

- Era tierno y compasivo, pero nunca blando: Era “paciente y humilde de corazón”, lleno de compasión por los padres y las viudas, por la mujer acusada de adulterio, por las muchedumbres que eran como ovejas sin pastor (Mateo 11:29; Lucas 7:12; Juan 8:3; Marcos 6:34), pero también era capaz de arrojar a los cambistas del templo con un látigo, de llamar a los fariseos “sepulcros blanqueados”, y de decir a los pecadores perdonados “vete y no peques más” (Juan 2:14; Mateo 23:27; Juan 8:11).

- Se veía como parte de una unidad, de un grupo de hermanos: Jesús vino del cielo a la tierra a formar una familia con el mismo Padre Celestial (Mateo 12:50). A esta familia, la Iglesia, legó su misión. A los doce hombres que asoció más íntimamente con su tarea entregó su poder para convertir el pan y el vino en su Cuerpo y su Sangre y para perdonar los pecados en su nombre (Lucas 22:19-20; Mateo 16:19; Juan 20:19-23). A la Iglesia entregó todo su mensaje (Mateo 28:18-20). Dijo que todos los miembros de la Iglesia eran parte de él, como las ramas de la vid (Juan 15:5).
- Obedecía a la autoridad sin verlo como una amenaza: Jesús dijo sencillamente "lo que yo busco no es hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió.", "no hago nada por mí mismo, sino que digo lo que el Padre me enseñó" y "que no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Juan 5:30; Juan 8:28; Lucas 22:42).
- Era valiente, aun y especialmente cuando se requería heroísmo: La valentía consiste en cumplir con su deber a pesar del miedo, virtud que Jesús mostró en repetidas ocasiones, pero especialmente durante su agonía y en el Viernes Santo. A pesar de que pidió que se alejara de él el cáliz del sufrimiento, bebió de él hasta las heces, sudando gotas de sangre, recibiendo golpes, azotado y crucificado por nosotros (Mateo 26:39).
- Vio el sacrificio como una oportunidad para mostrar su carácter y probar su amor: "No hay amor más grande que dar la vida por los amigos", dijo (Juan 15:13) y manifestó ese amor en mil detalles, y, de manera inolvidable, por su sacrificio supremo.

El verdadero cristiano tratará de encarnar estas virtudes. Lo ayudarán a convertirse en un verdadero soldado de Cristo. Lo ayudarán a formarse como otro Cristo y lo enseñarán a amar a los otros como ama Cristo.

LA FORMACIÓN DE HOMBRES VIRTUOSOS Y VIRILES

¿Cómo podemos ayudar a los niños para que desarrollen estar virtudes auténticamente viriles y se conviertan en verdaderos hombres de Dios?

Algunas de las respuestas son obvias. Lo primero que debemos hacer es convertirnos en modelos auténticamente viriles para los niños. Como desgraciadamente los niños no encuentran hoy muchos modelos en la televisión, el cine, el diamante de béisbol, la cancha, el campo o la pista de patinaje, cada papá, tío, sacerdote, entrenador y maestro de escuela debe tomar la responsabilidad de convertirse en modelo de estas virtudes para los jóvenes.

Otra forma es abrirles la mente a los grandes modelos masculinos de la civilización occidental, como el Ulises de Homero, Jean Valjean de Victor Hugo, Marco Antonio de Shakespeare o Johnny Tremain de Esther Forbes. Estos ejemplos pueden sembrar profundas semillas, al igual que introducirlos a las historias de los grandes mártires como San Ignacio de Antioquia, San Policarpo, Santo Tomás Moro y los mártires norteamericanos.

Una tercera forma es procurar que participen en actividades, como los deportes, que pueden ser un campo de entrenamiento para estas virtudes, y reforzarlas con alabanzas cuando veamos que brotan estos buenos hábitos en ellos.

LA PERVERSIÓN DE LA VIRILIDAD

Pero quizá la mejor manera de cultivar hombres de Dios virtuosos consiste en nombrar y reconocer explícitamente los elementos de la vida moderna que tratan de “reprogramar” a nuestros jóvenes para que adopten una versión falsificada de la virilidad. En otras épocas no era problema que los niños se convirtieran en hombres viriles; ocurría de manera natural, por medio de la cultura. Fue sólo desde hace medio siglo, con los cambios de nuestra cultura, cuando educar a los niños para que se convirtieran en verdaderos hombres de Dios se convirtió en un problema que requiere solución.

Ha sucedido lo que bien se puede llamar una perversión de la virilidad. Si la virilidad se muestra en la entrega generosa a otros, entonces la corrupción de la virilidad se manifiesta cuando el hombre se dedica más a tomar que a dar.

En el análisis de la lujuria que contiene su Teología del Cuerpo, el Papa Juan Pablo II describió cómo puede la lujuria transformar por completo la forma en que un hombre ve la vida. En lugar de ver a los otros como invitaciones para entregarse con amor, como sujetos dignos de amor, empieza a verlos como objetos que puede usar para su propia satisfacción y de los que puede obtener su propio beneficio. En lugar de ser responsable por ellos y guardián de su bienestar, comienza a aprovecharse de ellos. Este proceso de cambio de amante a lujurioso, como dice San Juan en su primera carta, puede darse por la lujuria de la carne, la lujuria de los ojos o la lujuria del dinero y el poder. (1 Juan 2:16). Puesto que el amor siempre conlleva una responsabilidad por el ser amado, la perversión de la virilidad aparece en el intento de divorciar el amor de la responsabilidad.

Por eso, si queremos contribuir a cultivar las virtudes auténticamente viriles, debemos examinar los retos actuales que implica educar a los niños para que sean verdaderos hombres de Dios, para analizar cómo obstaculizan la formación de un niño en el amor responsable. Una vez que hayamos descubierto los errores de nuestra cultura en la educación de los niños, podremos ver más claramente lo que necesitamos corregir.

EL PRIMER RETO: NUESTRA CULTURA YA NO CULTIVA LA RESPONSABILIDAD EN LOS HOMBRES JÓVENES.

En otras épocas, se enseñaba a los niños a ser responsables desde sus primeros años, lo cual les enseñaba el amor verdadero. Para cuando tenían entre 8 y 10 años, se les asignaban verdaderas responsabilidades en la granja, por ejemplo, y el bienestar o incluso la supervivencia de la familia dependían de que cumplieran bien con sus tareas. Las altas tasas de mortandad entre los padres a menudo los convertían precozmente en los “hombres de la casa”. Entre las

familias urbanas, los enviaban como aprendices o como trabajadores a temprana edad, para sostener a su familia. Los niños mayores tenían el papel de supervisor para la protección y disciplina de sus hermanos menores, que solían ser numerosos. Tanto los chicos como las chicas se casaban antes de los 20 años, y debían sostener a una familia a una edad mucho más temprana que hoy. Todos estos factores, que dependían de que un joven fuera confiable y responsable a muy temprana edad, lo ayudaban a aprender cómo entregarse a los demás con un amor respetuoso y responsable.

Hoy en día, esta enseñanza de la responsabilidad no se cultiva como antes. Una de las consecuencias de una cultura en la que muchas más personas van a la universidad y estudian un postgrado es que, para muchos, se difiere la responsabilidad directa verdadera. Además, las familias son mucho más reducidas, así que los jóvenes suelen tener mucha menos responsabilidades hacia sus hermanos; cuando la familia es más pequeña, también se incrementa la posibilidad de que un niño sea mimado. El matrimonio se retrasa hasta que el hombre tiene alrededor de 30 años, y por lo tanto esta responsabilidad se deja hasta bien pasados los años de formación.

De manera consciente, debemos ayudar a los jóvenes a ser más responsables, más viriles, dándoles responsabilidades reales a temprana edad. Los padres sobreprotectores, que no cultivan la confianza y la responsabilidad en sus hijos, realmente les están haciendo un daño. Deben asignarse tareas, no sólo como una forma de aumentar su mesada, sino para que adquieran una verdadera responsabilidad para el bienestar de la familia. En cuanto a los hijos que van a la universidad, es necesario alentarlos a que vinculen sus estudios con las responsabilidades que tendrán más adelante, como maridos, profesionistas o sacerdotes, hermanos o apóstoles célibes. Cuanto más relacionen lo que hacen en ese momento y aquellos a quienes amarán más tarde, mayor será su sentido de responsabilidad en el presente y en el futuro.

SEGUNDO RETO: LA CULTURA DE LA IRRESPONSABILIDAD EN LA SEXUALIDAD.

En lugar de ayudar a los niños a convertirse en hombres verdaderamente responsables y amorosos, las actitudes actuales hacia la sexualidad los animan a "tomar" irresponsablemente en lugar de "dar". Nuestra cultura alienta a los jóvenes a que se conviertan en consumidores de los demás para su propio placer, en lugar de ser amantes responsables, que cuidan y valoran los dones de los otros y nunca tratan de aprovecharse de ellos.

Esto se ve, en primer lugar, en el flagelo de la pornografía que asedia a los hombres de todas las edades, pero es cada vez más común entre los jóvenes usuarios de las computadoras. La pornografía lleva al hombre a reducir a la mujer a su valor sexual, sin considerar su dignidad personal. En lugar de proteger a las mujeres de la explotación, los hombres comienzan a considerarlas como presas, en varios medios de comunicación. La pornografía lleva al hombre a sustituir la realidad por la fantasía y buscar uniones ficticias con ideales femeninos virtuales, lo cual les dificulta aun más desear y formar relaciones castas con mujeres de verdad. En pocas palabras, la pornografía deforma la capacidad de amar del hombre, llenándolo de lujuria. En la mente y el corazón del hombre, transforma a la mujer de sujeto en objeto, y le enseña a pensar que puede usar a los otros como instrumentos de su propia satisfacción sin ser responsable del bien ajeno.

Otro fruto maligno de la cultura de la irresponsabilidad sexual es el aborto, En lugar de obligar a los hombres, jóvenes o viejos, a hacerse responsable de los hijos que engendran, el aborto, en especial entre los adolescentes y los universitarios, les enseña a ser irresponsables, hasta el punto de permitir e incluso alentar el asesinato de su propio hijo para evadir las consecuencias y los deberes que se derivan de la actividad sexual. El aborto no es más que la continuación de la irresponsabilidad que existió probablemente en las relaciones sexuales que llevaron a la concepción de un niño.

Esto lleva al siguiente factor en la cultura de la irresponsabilidad sexual. El apoyo generalizado que otorga la cultura popular al uso de la contracepción anima a los jóvenes (hombres y mujeres) a divorciar el sexo de las consecuencias naturales de la actividad sexual. Esto permite que los hombres – e incluso los niños – usen con mayor facilidad a las mujeres para su propio placer, en lugar de aprender a amar por medio de la sexualidad ligada a la verdadera responsabilidad por el bienestar del otro. Para ser responsable, el sexo debe ir vinculado con una entrega amorosa de sí a otra persona y la aceptación del don del otro. Pero no existe un don real si sólo se da por una hora o una noche; en cambio, el verdadero intercambio del don de sí está sujeto a un verdadero compromiso con el otro, no sólo por un tiempo sino por toda la vida, y no sólo de manera privada sino pública. Este compromiso público sólo se da en el matrimonio. Además, debe comprender a la otra persona como un todo. El uso de la contracepción en la actividad sexual – ya sea entre solteros o en parejas casadas – contradice el significado del don de sí, ya que rechaza la parte de la persona que está más hecha para el acto de hacer el amor, su fertilidad, lo cual equivale a rechazar a la persona.

EL TERCER RETO: EL CRECIENTE AFEMINAMIENTO DE NUESTRA CULTURA.

En los últimos años, en particular con el surgimiento de las ideas “políticamente correctas” a principios de la década de los noventa, ha habido un impulso hacia el afeminamiento en varios segmentos de nuestra cultura. Los valores auténticamente viriles, como los del soldado que describimos anteriormente, están considerados como vicios por muchos, y se tachan de discriminatorios y degradantes hacia las mujeres. Los movimientos feministas radicales de las universidades, dirigidos a “aplastar el patriarcado”, han disminuido el valor social de la virilidad en general; han rechazado los intentos de los hombres por entregarse – o cualquier tipo de comportamiento caballeroso – como producto de una cultura opresora, y muchas veces los hombres, al ver denigrados sus intentos de virtud, dejan de dar y

dejan de intentar ser virtuosos. Lo que comenzó quizá como una corrección necesaria del machismo ha llegado demasiado lejos.

Este movimiento feminista radical no ha llevado a una exaltación de las virtudes auténticamente femeninas, sino a su perversión. Esto se debe a que el afeminamiento y la feminidad no son lo mismo. La feminidad describe los rasgos auténticamente femeninos de la mujer y es en sí el desarrollo pleno de la personalidad femenina. El afeminamiento se refiere la blandura, la falta de perseverancia, y se usó primero en el mundo de antes como burla a las mujeres por ser el sexo físicamente más débil. Luego se aplicó a los hombres blandos y faltos de perseverancia en este sentido. Por esta razón, el afeminamiento es, paradójicamente, una corrupción tanto de la feminidad como de la virilidad.

Santo Tomás de Aquino, el mayor maestro de la Edad Media, incluyó el afeminamiento entre los vicios opuestos a la perseverancia. Dijo que puede deberse a un temperamento débil, o a una adicción tal a los placeres que no se soporta su ausencia. Cualquiera que sea su causa, el afeminamiento convierte a la persona en un pelele cuando se trata de enfrentarse a esfuerzos y dificultades.

Vemos el impulso hacia el afeminamiento especialmente en la academia, los deportes y la disciplina. En muchos ámbitos de nuestro sistema educativo, ha habido un debilitamiento gradual de las normas para dejar espacio a los que encuentran demasiado difícil el éxito verdadero. En el deporte, existe en muchos lugares la tendencia a dar más importancia a la autoestima que a los ganadores y perdedores, a las filosofías que dicen que “todos tienen derecho a jugar” que a una competencia con metas reales. Es obvio que ganar no es “lo único” en el deporte, pero es importante intentar ganar, porque si no importa quién gane o pierda, el deporte no servirá ya como una forma de entrenamiento para la lucha por alcanzar metas difíciles. En relación con la disciplina, ya no es común que el amor se demuestre con dureza, pues parece que para los padres y maestros es más importante caerles bien a sus hijos que enseñarles, educarlos y disciplinarlos, aun a riesgo de provocar su desaprobación.

EL CUARTO RETO: LA PRESIÓN PARA NORMALIZAR LA CONDUCTA HOMOSEXUAL.

No cabe duda de que la presión para normalizar la conducta homosexual también ha promovido el afeminamiento. Aunque la homosexualidad y el afeminamiento son dos cosas distintas, a menudo se encuentran juntas en personas con atracción hacia el mismo sexo. Históricamente, el afeminamiento ha sido una característica el movimiento general en pro de la homosexualidad.

Más allá del afeminamiento, sin embargo, el movimiento a favor de la plena aceptación de la conducta homosexual presenta otros retos para la formación de hombres auténticamente viriles. La lógica que intenta justificar la actividad homosexual es el polo opuesto del tipo de virilidad que he intentado describir aquí, por dos razones principales.

En primer lugar, no toma en cuenta para nada el significado y el propósito de la diferencia original entre el hombre y la mujer. El bienestar del hombre no se ve ya en una relación complementaria con la mujer, y, de hecho, a medida que crece la presión a favor del matrimonio del mismo sexo, el matrimonio se concibe cada vez más como una relación que puede carecer de hombre o de mujer, en la cual el marido o la mujer son optativos, y no obligatorios. Es obvio que esta noción altera el significado del matrimonio, el concepto de amor que lleva al matrimonio y el significado de la virilidad y feminidad que es la base del matrimonio.

En segundo lugar, el modelo de las relaciones homosexuales va en contra del bien personal del hombre. En un libro que escribió antes de ser papa, el que sería Juan Pablo II lo llamó “egoísmos en armonía”: la utilización por consenso el uno del otro para su gratificación, en la cual dos “yo” siguen siendo dos “yo” y no se convierten nunca en una verdadera comunión de personas, un “nosotros”. El significado paternal de la virilidad se rechaza en el acto mismo que creó Dios para que se expresara. Aunque es posible que dos hombres realmente se amen, el utilitarismo mutuo que implica la relación homosexual no puede verse como “hacer el amor”, sino que más bien corroe el amor

que pueda existir entre ellos. De hecho, las estadísticas demuestran que cuanto más sexual sea una relación entre personas del mismo sexo, más pronto llegará el rompimiento. En la actividad homosexual, en lugar de tomar la responsabilidad por el bienestar del otro desde el punto de vista espiritual, psicológico y médico, los hombres se convierten en realidad en consumidores consensuales del otro.

LAS BUENAS NOTICIAS PARA LA RECUPERACIÓN DE LA VIRILIDAD AUTÉNTICA EN NUESTRAS SOCIEDADES MODERNAS.

Todo lo anterior ilustra algunos de los retos actuales para la virilidad auténtica y la formación de hombres cristianos en nuestra sociedad. Pero estos retos no constituyen el único factor en la ecuación cultural y eclesiástica, también hay signos de esperanza. Mencionaré tres de ellos.

El primero es que somos conscientes de la situación y ya no nos toma por sorpresa. Hemos diagnosticado el problema de la deficiente formación viril en nuestra cultura, y éste es un gran paso hacia la solución. Nuevas organizaciones, conferencias y movimientos – como Las Conferencias de Hombres Católicos, Promise Keepers y Million Men March – se han unido a otras más venerables, como Caballeros de Colón, para encontrar formas de ayudar a los hombres a vivir su vocación como amantes responsables en su entrega a otros. Es casi como si hubiera despertado un gigante dormido.

El segundo es la enseñanza clara que ha reiterado últimamente la Iglesia sobre las cuestiones relacionadas con la virilidad. Los diversos retos culturales han dado ocasión para que la Iglesia exprese sus enseñanzas de manera aun más directa. Desde el documento que emitió en 1981 el Papa Juan Pablo II sobre la familia, *Familiaris Consortio*, y su famosa catequesis que se suele llamar la Teología del Cuerpo, hasta las enseñanzas claras del Papa Benedicto XVI y de los obispos norteamericanos en contra del matrimonio del mismo sexo, junto con las políticas en contra de la ordenación sacerdotal de hombres afeminados o de aquellos con una atracción arraigada por el mismo sexo, las enseñanzas de la Iglesia sobre el matrimonio, el

amor y la virilidad son más claras que nunca. Cuanto más beba la Iglesia de este pozo, más capaz será de servir como luz, sal y levadura en la reforma de nuestra sociedad.

El tercer signo de esperanza es que las mujeres virtuosas están volviendo a imponerse en contra de las feministas radicales y luchan por recuperar la cultura. Las mujeres que ven el matrimonio como una hermosa institución, que ven el aborto como una opción que va en contra de su naturaleza de mujer, que ven al hombre con un cariño real, y no como el enemigo y el opresor, se han alzado para expresar abiertamente que las feministas radicales no hablan por ellas. Por la propia naturaleza complementaria de los sexos, cuanta más influencia tengan las mujeres auténticamente femeninas en nuestra cultura, más fácil les será a los hombres ser auténticamente viriles, y viceversa.

LA ESPIRAL SACRAMENTAL

Este último signo de esperanza es un buen punto para concluir nuestra reflexión. Puesto que Dios creó al hombre a Su imagen, varón y mujer, y como la comunión de los esposos, hombre y mujer, debe ser una imagen del Dios Trino que es una eterna Comunión de Personas en el amor, para que la sociedad y las personas aprendan a amar, sean plenamente humanas y más semejantes a Dios, debemos tener hombres y mujeres verdaderos que sepan como complementarse y amarse. Cuando los hombres y las mujeres verdaderos aprenden a amarse plenamente, en consistencia con su diferenciación original, se desarrolla una espiral ascendente de amor, el amor se hace visible, y el mundo entero logra vislumbrar a Dios que es amor. ¡Y con cuánta urgencia necesita nuestro mundo verlo a Él!

SOBRE EL AUTOR

El Padre Roger J. Landry fue ordenado sacerdote en 1999 y es pastor de la parroquia de Saint Anthony of Padua en New Bedford, Massachussetts. Es también editor ejecutivo de *The Anchor*, el semanario de la diócesis de Fall River.

«La fe trata de comprender» es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor a aquel en quien ha puesto su fe, y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento más penetrante suscitará a su vez una fe mayor, cada vez más encendida de amor. La gracia de la fe abre «los ojos del corazón» para una inteligencia viva de los contenidos de la Revelación.

– Catecismo de la Iglesia Católica, 158.

Acerca del Servicio de Información Católica
Los Caballeros de Colón, desde su fundación, han participado en la evangelización. En 1948, los Caballeros iniciaron el Servicio de Información Católica (SIC) para ofrecer publicaciones católicas a bajo costo al público en general, lo mismo que a las parroquias, escuelas, casas de retiro, instalaciones militares, dependencias penales, legislaturas, a la comunidad médica, o a personas particulares que las soliciten. Por más de 75 años, el SIC ha impreso y distribuido millones de folletos y miles de personas han tomado nuestros cursos de catequesis.

El SIC ofrece los siguientes servicios para ayudarle a conocer mejor a Dios:

Folletos Individuales
Contacte al SIC para obtener una lista completa de todos los folletos y para ordenar los que quiera. Visite el sitio www.kofc.org/shopcis.

Curso para Estudiar en Casa
El SIC ofrece un curso gratuito para estudiar en casa por correo. En diez rigurosas lecciones obtendrá una visión general de la enseñaza católica.

Cursos en Línea
El SIC ofrece dos cursos gratuitos en línea. Para inscribirse visite el sitio www.kofc.org/ciscourses.

SERVICIO DE INFORMACIÓN CATÓLICA®

Verdadera información católica y no simples opiniones.

El objeto esencial y primordial de la catequesis es … «el Misterio de Cristo» … [Catequizar] trata por lo tanto de descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios que se realiza en Él. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo, pues ellos encierran y manifiestan a la vez su Misterio. ***En este sentido, el fin definitivo de la catequesis es poner a uno no sólo en contacto sino en comunión, en intimidad con Jesucristo: sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad.***

Papa san Juan Pablo II, *Catechesi Tradendae,* 5
Exhortación Apostólica Sobre La Catequesis En Nuestro Tiempo

Acerca de los Caballeros de Colón

Los Caballeros de Colón, una sociedad de beneficios fraternales fundada en 1882 en New Haven, Connecticut por el Beato Michael McGivney, es la organización más grande de laicos católicos, con más de 2 millones de miembros en América, Europa y Asia. Basados en los principios fundacionales de caridad, unidad y fraternidad, los Caballeros de Colón están comprometidos a fortalecer las familias y las parroquias católicas, y ponen su fe en acción a través del servicio a todos los necesitados. Para buscar más acerca de los Caballeros de Colón visita el sitio www.kofc.org.

Si tiene preguntas especificas o desea obtener un conocimiento más amplio y profundo de la fe católica, el SIC le puede ayudar. Póngase en contacto con nosotros en:

Caballeros de Colón, Servicio de Información Católica
PO Box 1971 New Haven, CT 06521-1971
Teléfono 203-752-4267 • Fax 800-735-4605
cis@kofc.org • www.kofc.org/sic



Caballeros de Colón®

Proclamando la Fe
En el Tercer Milenio

322-S 6/23